



RADICALITZEM

la vida

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. **Subscriu-t'hi!!**

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. **¡Subscríbete!**



Satèl·lit
sense quota



Càpsida



Replicant

-5%

5 compres
mínimo anual
a les llibreries
més properes

Pack benvinguda
Punto de lectura
+ postal

60€

4 libros
Virus editorial
sin límite de precio

-5%
En toda la
librería online

Pack bienvenida
Punto de lectura
+ postal

Descuentos
En grupos de lectura
y otras actividades

100€

8 novedades
Virus editorial
durante un año

Pack bienvenida
Punto de lectura
+ postal

-5%
En toda la
librería online

Descuentos
En grupos de lectura
y otras actividades

<https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios>

COLECCIÓN | MEMORIA

PARTISANAS

*La mujer en la resistencia armada contra
el fascismo y la ocupación alemana*

Ingrid Strobl

Epílogo de Dolors Marín



ÍNDICE

Título original: *Sag nie, du gehst den letzten Weg. Frauen im bewaffneten Widerstand gegen Faschismus und deutsche Besatzung.*

© 2015 del texto, Ingrid Strobl

© 2015 de la presente edición, Virus editorial

Nota: Por deseo expreso de la autora, este libro no estará disponible en pdf en nuestra web pero, de acuerdo con ella, se permite fotocopiar y difundir todo o parte del texto siempre que se cite origen y autoría y no se utilice para fines comerciales.

Diseño de colección: Pilar Sánchez Molina y Silvio García-Aguirre

Diseño de cubierta: Pilar Sánchez Molina

Traducción del alemán: Patric de San Pedro y Assumpta Terés Illa

Maquetación: Virus editorial

Edición y corrección: Paula Monteiro

Primera edición en castellano: marzo de 1996

Segunda edición: julio de 2002

Tercera edición revisada y corregida: octubre de 2015

ISBN: 978-84-92559-64-0

Depósito legal: B-20456-2015



Lallevir SL / VIRUS editorial
C/ Junta de Comerç, 18 baixos,
08001 Barcelona
Tel. / Fax: 934 413 814
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

Nota editorial..... 7

Prólogo a la tercera edición 13

Prefacio. Breve historia de unas largas indagaciones 19

Introducción. El triple estigma 31

La resistencia armada en la Europa Occidental 55

España 56

· «No he venido al frente para diñarla con un trapo de limpieza en la mano» 57

· *Fifi* – Fidela Fernández de Velasco Pérez 77

· *Chico* – Julia Manzanal 91

· *La Dinamitera* – Rosario Sánchez Mora 101

Las partisanas de Tito 110

· «La campesina se ha escapado» 111

Países Bajos 154

· «No olvidéis nunca que sois seres humanos» 155

Francia 194

· «Yo defendí mi honor de mujer judía» 195

La resistencia judía en el Este de Europa 247

Introducción 248

· ¿Como corderos al matadero? 249

NOTA EDITORIAL

Varsovia.....	290
· «¡Mira, Hans, una mujer disparando!».....	291
Vilna	328
· «Liza llama»	329
Bialystok.....	350
· «Chaikele, ¿adónde vas?»	351
Cracovia.....	372
· «¡No temas, que no lloraré!».....	373
Minsk	388
· «¡Los <i>fritzen</i> no me cogerán con vida!»	389
Con los partisanos	402
· «Silencio, la noche se ha llenado de estrellas y la helada ha quemado con fuerza».....	403
· Niuta Tejtelojm «La pequeña Wanda con las trenzas rubias»	425
· Roza Robota «Sé lo que he hecho y lo que me espera»	431
El camino hacia la resistencia armada	437
«¿Qué otra cosa podría haber hecho?».....	439
Epílogo. Las libertarias	477
Lola Iturbe, escribir para no olvidar.....	479
Conxa Pérez, más que una miliciana	495
Diario de una miliciana. El terror inexplicable, el silencio cómplice.....	504
Casilda, miliciana	513
Bibliografía seleccionada	516

La amnesia histórica, el olvido intencionado que nos tocó vivir en el Estado español respecto a nuestra historia reciente, por desgracia, no es un caso aislado. El fin del fascismo en Europa se vio acompañado de un silencio similar respecto a las personas y organizaciones que más enconadamente habían luchado contra el mismo y que, por lo general, fueron aquellas que con su derrota no perseguían sólo la vuelta a la situación anterior, sino la construcción de un mundo nuevo.

La historiografía oficial sobre la resistencia contra el nacionalsocialismo y el fascismo en Europa está muy marcada por la visión que impuso la guerra fría; pero lo cierto es que esa guerra fría no se inició al día siguiente de la derrota alemana y de las potencias del Eje, sino que había estado presente durante todo el conflicto mundial y se había empezado a anunciar ya con la Guerra Civil española. Para las potencias aliadas no se trataba tanto de derrotar al fascismo, como de recuperar los espacios de poder perdidos, al menor precio posible, es decir, haciendo el mínimo de concesiones necesarias a los movimientos revolucionarios pujantes en Europa. La resistencia armada partisana sería víctima en muchas ocasiones de esta doble política; la misma política que permitió el hundimiento

de la Revolución española y los cuarenta años de franquismo; la misma política que dejó abandonados a su suerte a millones de judíos en Europa —víctimas del antisemitismo y del anticomunismo—; y la misma política que intentó evitar que la mujer rompiera con los roles tradicionales asignados, una vez aprobado sobradamente el examen de la guerra.

Millones de personas, por consiguiente, fueron víctimas en Europa no sólo del fascismo, sino del cálculo político tanto por parte de los aliados como del estalinismo. En ese mismo cálculo político, se basaron los reconocimientos del papel de la resistencia y de la mujer en la misma, y los análisis que la historiografía haría y hace aún de ambas cuestiones.

Ingrid Strobl nos explica en su libro que sobre muchas integrantes de la resistencia recayó el triple estigma de ser comunista, judía y mujer. Sobre muchas recayó, además, el estigma de ser extranjeras, de luchar fuera de su país de origen. Buena parte de la resistencia contra el fascismo se escribe con el nombre de estas personas silenciadas por la historiografía oficial, y a veces recuperadas por compañeros de lucha, pero casi siempre ignoradas si se trataba de mujeres.

Muchas de ellas optaron por callarse y retirarse decepcionadas de la vida política. Tampoco las luchadoras de la Guerra Civil escaparon al olvido, silencio y tergiversación de su propia historia. No son de extrañar, pues, las dificultades con las que ha tropezado cualquiera que quiera adentrarse en el mundo *tabú* de la participación de la mujer en la resistencia armada contra el fascismo.

En este magnífico trabajo, echamos de menos dos aspectos importantes, que obviamente no pueden atribuirse a Ingrid Strobl, cuyo trabajo de investigación todavía hoy es inigualable. Pero las partisanas italianas por un lado, y las libertarias españolas que participaron en la

resistencia contra el levantamiento franquista por otro, merecen un lugar en la memoria colectiva que no podemos olvidar. En el caso italiano, no hemos podido resolver ese vacío, pero cuando se planteó la primera edición de este libro, en 1996, desde Virus editorial se quiso paliar los no pocos problemas con los que toparon las investigaciones de Ingrid en el Estado español, a la hora de recoger las experiencias de mujeres anarquistas combatientes, encargándole a Dolors Marín que escribiese, para la ocasión, un pequeño epílogo que sirviese para complementar, en cierta medida, lo aportado por la autora del presente libro. Fruto de su trabajo ha sido la sección final: «Las Libertarias».

Con su libro, Ingrid Strobl no sólo nos adentra en un capítulo silenciado de nuestra historia reciente, sino que, en la figura de las mujeres a las que da voz y vida en estas páginas, rinde un merecido homenaje a toda una generación de luchadoras. A este homenaje quiere sumarse Virus, con la publicación de la presente obra.

El colectivo vírico
marzo de 1996, julio de 2015

*Para Fifi, Zala, Truus, Dina, Chayke, Niuta
y todas las demás.*

*Para Martina Domke, Peter Neff, Monika Richarz
y Monika Tessadri-Wackerle, sin cuya ayuda este libro
no hubiera sido posible.*

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

El año pasado, la Comisión de Mujeres y Lesbianas del Consejo Estudiantil de la Universidad de Colonia me invitó a dar una charla. Querían que hablase sobre mi encuentro con las mujeres que habían luchado en la Guerra Civil española y que había entrevistado para el presente libro. El motivo: la comisión estaba preparando un viaje a España para seguir las huellas de estas luchadoras. En la discusión posterior, surgieron también preguntas sobre las otras mujeres que protagonizan el libro. Su interés por su participación en la resistencia armada, desde España hasta Polonia, era insaciable. Querían saber qué las había motivado, qué habían hecho y qué habían sentido, qué había sucedido con ellas en tanto que mujeres en un frente de guerra y después de la Guerra Civil y de la Segunda Guerra Mundial.

Abandoné la charla muy satisfecha y relajada, contenta de saber que todavía había jóvenes mujeres a las que este tema sigue interesando; un tema que ya en 1989, cuando se publicó la edición original alemana del libro, se consideraba «difícil». Se cuestionaban en el libro las ideas sobre los roles de género y los planteamientos de muchas personas: una mujer con un arma en la mano, ¡qué horror! Y en Alemania y Austria, a esto se añadía el hecho de que estábamos hablando de mujeres que habían matado a alemanes o austríacos, entre los que quizá figuraran

nuestros propios padres o abuelos. ¡Eso no podía ser! Aun así, el libro despertó un gran interés que se ha mantenido vivo, con altibajos, hasta el presente. Y, además, me abrió las puertas al tema de las mujeres en la resistencia judía, al que dediqué mis esfuerzos en los años siguientes.

Mientras la versión original alemana de *Partisanas* estaba en imprenta, fue publicada la traducción estadounidense del libro de Chaika Grossman *The Underground Army*, sus memorias sobre la resistencia judía en Polonia escritas en hebreo. Por aquel entonces, Chaika Grossman era una de mis grandes heroínas. Yo la había citado con frecuencia en mi libro, explicaba su historia y lamentaba mucho no haber podido saber más sobre ella. ¡Y ahora tenía la posibilidad!

Lo leí y decidí: tengo que traducir esto al alemán. Las traducciones de una segunda lengua son muy problemáticas —era consciente de ello—, pero lo cierto es que yo no sabía hebreo. La amiga que me había dado a conocer *The Underground Army* era a su vez amiga de algunos conocidos de Chaika en Israel, así que le pedí que le hiciera llegar mi intención. Y eso hizo. Le escribió a Chaika Grossman contándole que yo estaba en prisión preventiva, en tanto que presa política, que había escrito un libro sobre las mujeres en la lucha armada contra el fascismo y la ocupación alemana, y que ahora me proponía traducir su libro del inglés al alemán. No me hice grandes ilusiones. No obstante, al cabo de un tiempo, me llegó una carta de Chaika Grossman. Su aprobación. Aquel mismo día empecé con la traducción.

Más tarde, apenas dos semanas después de salir de prisión preventiva, tuvo lugar en Berlín un congreso sobre la resistencia. Estaba invitada como ponente, junto a Truus Menger, otra de las «heroínas» de este libro, con la que tuve el placer de reencontrarme entonces; y

también Chaika Grossman, que aceptó venir a pesar de que nunca había querido pisar tierra alemana. Nos encontramos para cenar. Y fue el principio de una maravillosa amistad...

Lo siguiente que hice fue rodar un documental, *Mir zeynen do. Der Ghettoaufstand und die Partisaninnen von Bialystok* (Aquí estamos. El levantamiento del gueto y las partisanas de Bialystok), con Chaika Grossman y sus antiguas compañeras de lucha Liza Czapnik y Anja Rud como «protagonistas». Chaika viajó con nosotras a Bialystok. Pudimos filmar las calles de su niñez y juventud, las casas del antiguo gueto y el «punto de reunión» desde el cual los judíos de Bialystok fueron deportados al campo de exterminio de Treblinka. Nuestra amistad se hizo más profunda.

En 1995, hice de comisaria de la exposición «En lucha contra la ocupación y la “solución final”. La resistencia de los judíos en Europa» en el Museo Judío de Fráncfort, junto con Arno Lustiger. En la misma pude rendir homenaje, además de a las resistentes judías polacas, también a mis antiguos amigos de Lyon: Dina y Henri Krischer, mi «gente de referencia» para el capítulo sobre Francia en este libro. Dina ya había muerto, pero Henri pudo venir a la inauguración. Para la organización de la exposición, me tocó viajar mucho, como ya había sucedido años atrás con la preparación del presente libro. Conocí a mujeres —y hombres— que me impresionaron profundamente; por lo que habían hecho contra la ocupación alemana y la política de exterminio; y por su humanidad, su sentido del humor y su generosidad.

En Bruselas, conseguí un contacto con Sarah Goldberg, antigua miembro de La Orquesta Roja, luego partisana judía comunista y, finalmente, prisionera del campo de concentración de Auschwitz-Birkenau. Como Chaika y Dina, también Sarah me regaló su amistad. Y

me dijo: «¡Es imprescindible que entrevistes a Yvonne Jospa! Y también a las otras mujeres que salvaron a los niños».

Confieso que tuve mis dudas. Me había pasado muchos años investigando sobre las mujeres en la resistencia, y el centro de mi trabajo siempre había sido el de ellas en la resistencia armada. Habían quebrantado los roles de género, ¡no se habían dejado limitar a la resistencia «pasiva»! Habían luchado con un arma en la mano. Era su historia la que quería contar. Era a ellas a las que quería demostrar mi aprecio. Por suerte, el aprecio que sentía por Sarah Goldberg me permitió superar mi ceguera. Así que, por amor a Sarah, concerté una entrevista con Yvonne Jospa, que era la responsable en el CDJ, el Comité de Auto-defensa Judío, de la salvación de los niños y jóvenes judíos en la Bélgica ocupada.

De esta manera comenzó un intenso proceso de aprendizaje que condujo a un cambio fundamental en mi actitud; y a que, para mi libro *Die Angst kam erst danach. Jüdische Frauen im Widerstand in Europa* (El miedo vino luego. Mujeres judías en la resistencia en Europa), investigase todas las formas de resistencia. Me di cuenta de que las mujeres —tanto judías como no judías— que organizaron y desarrollaron la salvación de los niños y jóvenes judíos seguramente realizaron la forma de resistencia más importante y, en cualquier caso, más efectiva.

Entretanto, ha pasado ya más de un cuarto de siglo desde que empecé a investigar y escribir sobre las mujeres en la resistencia. Las tres mujeres que más me ayudaron en esta tarea, que me hospedaron en sus casas, hicieron de intermediarias, me proporcionaron material de investigación, me abrieron puertas y, sobre todo, me ofrecieron su amistad —Chaika Grossman, Dina Krischer y Sarah Goldberg—, habían sido activistas de la resistencia armada. Y aun así conferían un gran valor a las mujeres activas en la

resistencia civil. Mujeres que arriesgaron y muchas veces perdieron su vida para conseguir llevar a los niños y jóvenes judíos a escondites más o menos seguros fuera del país. De ellas decían: han *salvado* vidas.

Chaika Grossman, Dina Krischer y Sarah Goldberg murieron en los años noventa del siglo pasado o a principios del nuevo milenio. Lo mismo que la mayoría de mujeres restantes que aparecen en este libro. Tenían veinte o veintipocos años cuando se unieron a la lucha armada; pasaron por situaciones insoportables y su vida, tras la guerra, no siempre fue fácil: muchas veces, no recibieron el reconocimiento que merecían por su actuación contra el fascismo y la ocupación y política de exterminio alemanas. Todo lo contrario. Algunas mujeres como Fifi, en España, o Zala, en el sur de Carintia, fueron calificadas de «marimachos» y otras cosas peores. De las partisanas italianas, se llegó a decir que habían trabajado en el frente de prostitutas.

Al mismo tiempo, a las otras, a las que no habían luchado con un arma en la mano, se las desacreditó aplicándoles la etiqueta de «resistencia pasiva». Ésa no había sido una resistencia de verdad, pues en el fondo sólo habían cumplido con su rol como mujeres: coser, proteger y cuidar de los niños.

Hoy en día, tanto a las unas como a las otras, las luchadoras y las salvadoras, se las cubre con el manto del silencio. La resistencia contra la ocupación alemana y la participación en la Guerra Civil española apenas si merecen la atención de nadie. La gente joven apenas sabe nada sobre estos hechos. Muchas veces no saben ni que hay algo que saber, ¡y mucho menos sobre las mujeres! Pero también nos encontramos con islas en el mar del olvido: actividades como la de la Comisión de Mujeres del Consejo Estudiantil de la Universidad de Colonia y otras que tienen lugar en relación con la celebración, este

año, del aniversario del final de la guerra. Y, por supuesto, también esta nueva edición en castellano del libro, que me produce una gran alegría.

Ingrid Strobl
Colonia, julio de 2015

PREFACIO

BREVE HISTORIA DE UNAS LARGAS INDAGACIONES

«Sólo tenéis que preguntar por Fifi», nos había recomendado por teléfono Fidela Fernández de Velasco Pérez, apodada *Fifi*. Su casa estaba en las afueras del pueblo y por eso era un poco difícil de encontrar, pero no nos costó demasiado. Localizarla resultó mucho más fácil de lo que antes había sido averiguar su paradero. Antes de viajar a Madrid para efectuar las primeras entrevistas para este libro, mi amiga madrileña Pilar Panes Casas, que luego me haría de intérprete, ya había sondeado el terreno. En todas las conversaciones con antiguas comunistas que habían vivido la Guerra Civil, y a las cuales había pedido la dirección de luchadoras en el frente, había aparecido el nombre de Fifi. Sí, Fifi había estado en el frente, le dijeron a Pilar en todas partes. Además, Fifi había hecho otras cosas peligrosas. Pero nadie quería dar su dirección. Cuando Pilar preguntaba por el motivo de su extraña reserva, le respondían simplemente que Fifi era muy suya, que Fifi era una mujer más bien *hombruna*. Esto animó todavía más a Pilar a no desistir en su empeño. Cuando llegué a Madrid, todavía no sabíamos dónde vivía. Después de varias llamadas telefónicas por toda España, y dos días antes de mi regreso, la conseguimos: en verano, Fifi se instalaba en su casita de la sierra madrileña.

Cuando la encontramos, Fifi estaba subida en una escalera plegable, con herramientas en la mano. Estaba reparando el tejado. La casita, construida con sus propias manos, aparecía solitaria entre las rocas, a unos quince minutos a pie del pueblo. Fifi compartía la vida en esa cartuja con un gato vagabundo que se dejaba alimentar y, a veces, también acariciar por ella. Ese día, cuando llegó y descubrió que Fifi tenía visita, desapareció bufando. Fifi puso vino encima de la mesa y permaneció en silencio. No le gustó que hubiera llevado un magnetófono, pero, a pesar de todo, me permitió sacarlo de la bolsa. Pilar le explicó qué le queríamos preguntar y ella quiso saber por qué nos interesaba tanto. A nadie le había preocupado todo eso hasta ahora.

Empieza el «interrogatorio». Con Fifi dura mucho más que con la mayor parte de las otras mujeres con las que hablaría posteriormente. Por una parte, todas se alegran de que alguien se interese por ese período de sus vidas, pero, al mismo tiempo, se muestran extremadamente escépticas respecto a mis intenciones y motivos. Tiesa como un palo, Fifi, sentada frente a nosotras con sus pantalones de trabajo, el cabello corto y abundante, gris, sin joyas, sin maquillaje, despierta, inteligente y desconfiada. Unas horas y dos botellas de vino más tarde ya se ha roto el hielo. Fifi explica, nos permite que insistamos tozudamente, responde también a las cuestiones más delicadas, aunque sea a micrófono cerrado. Al final de la charla, nos hemos hecho amigas. Para ella, aunque no pertenezcamos al partido, somos jóvenes compañeras a las que se puede contar la verdad. Nosotras la admiramos sinceramente. Desde ese día empecé a trabajar en este libro también con la ambición de que fuera digno de Fifi.

Y eso que ni en sueños hubiese imaginado que en el capítulo de este libro dedicado a España saldrían casi exclusivamente comunistas. Yo había viajado a Madrid con la intención de entrevistar, sobre todo, a anarquistas. Había estudiado detalladamente la Guerra Civil española y sabía lo

importante que había sido el papel de los anarquistas, y cuán sospechoso o incierto el de los comunistas. Sabía que la revolución anarquista había sido reprimida brutalmente por el Partido Comunista de España que, en las cárceles estalinistas del GPU,¹ había encerrado y hasta torturado a anarquistas y trotskistas. Había estudiado las teorías y actividades de Mujeres Libres, de las anarquistas feministas que habían exigido la inmediata liberación de las mujeres, contrariamente a la actitud de las comunistas que habían subordinado todas las cuestiones sociales y primado la guerra.

Cuando llegué, Pilar me confesó que todavía no había conseguido localizar a ninguna anarquista de entonces para entrevistar. Tendríamos que intentarlo en el curso de los días siguientes, ya que se celebraba en Madrid el congreso nacional de la CNT y vendrían antiguas luchadoras exiliadas en Francia. Además, también podríamos preguntar en la oficina de Mujeres Libertarias, organización heredera de la histórica Mujeres Libres. El desengaño fue grande. «No, las mujeres no habían luchado», decía toda la gente con la que hablábamos, porque el anarquismo era un movimiento pacifista. ¿Por qué teníamos que obsesionarnos con esas mujeres? Las anarquistas habían hecho muchísimos méritos en la educación infantil, en la asistencia a los heridos, en la organización de cocinas populares, en todos los ámbitos de tareas verdaderamente femeninas. Después de tres días de preguntar y volver a preguntar, de mostrar cada vez más abiertamente nuestro escepticismo, nos despacharon definitivamente con un prospecto sobre el cuidado de lactantes. Por desgracia, no conseguimos ningún contacto con los sectores más izquierdistas y feministas que sin duda existían dentro de la organización.

¹ Policía política del PCUS. (*N. del T.*)

Con las comunistas tampoco puede decirse que resultara fácil. Sin la tenacidad de Pilar, no hubiese podido escribir buena parte de este libro. Las funcionarias actuales del PCE se empeñaban en afirmar que las verdaderas heroínas de la Guerra Civil habían luchado durante aquella etapa en el frente político, en las cocinas de campaña y en las enfermerías. Cuando finalmente accedieron a facilitarnos algunas direcciones, lo hicieron denotando cierto orgullo. También las viejas luchadoras, tras la desconfianza inicial, mostraron un franco entusiasmo. Por fin alguien se interesaba por ellas, no a pesar de, sino por haber luchado en el frente «como un hombre».

En 1984, había aparecido el libro *Der Himmel ist blau. Kann sein. Frauen im österreichischen Widerstand 1938-1945* (El cielo es azul. Puede ser. Mujeres en la resistencia austriaca 1938-1945). Tres de las antifascistas entrevistadas en ese libro se habían unido a la resistencia armada como partisanas en el Ejército de Liberación de Tito. La resistencia militar en la Austria anexionada no tuvo un papel muy importante en comparación con la política. Los eslovenos de Carintia fueron casi los únicos que se opusieron a los nazis, de manera significativa, con las armas. Lucharon en las filas de los partisanos de Tito y constituyeron un verdadero problema para los alemanes. Yo había descubierto que en el Ejército de Liberación yugoslavo había habido muchas mujeres y emprendí la búsqueda de austriacas para entrevistarlas. En el Centro de Documentación de la Resistencia Austriaca conocí por casualidad a Helena Verdell, que trabaja en un amplio proyecto sobre la resistencia eslovena. Helena, que también es eslovena, y sus colegas están escarmentados. Hace ya años que investigan con muy poco apoyo financiero y con una actitud muy comprometida para sacar a la luz la historia silenciada de los partisanos eslovenos de Carintia. Antes nadie se interesaba por toda esta gente, aparte de ellos. Pero de un tiempo

a esta parte han empezado a llegar periodistas que entrevistan a Helena y a sus colegas, escriben sus artículos y se presentan después como expertos en antifascismo esloveno. «Estoy bastante harta de eso», me explicó Helena mientras reflexionaba sobre si yo también pertenecía a ese tipo de gente. Cuando se decidió a ayudarme, se implicó muchísimo más de lo que yo me hubiese atrevido a esperar. Me organizó el viaje a Carintia y venció todos los obstáculos para que pudiera encontrarme con Zala. Johanna Sadollek, con su nombre de partisana *Zala*, era la persona ideal con la que hablar, en eso estuvimos enseguida de acuerdo.

Zala es también una de las mujeres que cuentan su vida en *Der Himmel ist blau. Kann sein*. Me encuentro con Lisbeth N. Trallori, una de las cuatro autoras del libro y de la película *Küchengespräche mit Rebellinnen* (Charlas en la cocina con rebeldes), en la cual también aparece Zala. Y también en este caso no hallo más que apoyo y solidaridad. Ni una pizca de la acostumbrada competencia envidiosa entre autores e historiadores, ningún temor a que yo pudiera apropiarme de los resultados de su trabajo.

Lisbeth N. Trallori puso a mi disposición una copia de la extensa entrevista que ella misma hizo a Zala para el libro y la película, y de la cual más tarde sólo se publicaría una parte.

La siguiente estación fue Klagenfurt. Allí me esperaba Mirko Messner, uno de los compañeros de proyecto de Helena Verdell, redactor de la revista bilingüe *Kladivo*, de Carintia. Me llevó hasta Lobning, donde vivía Zala; en el coche, me contó de forma precisa y clarificadora la historia de la población eslovena de Carintia, una historia de discriminación, rebelión y desengaños. Me descifró el paisaje de postal del sureste de Carintia: aquí, en esta montaña, hubo un importante campamento base de los partisanos; allí, por aquel desfiladero, avanzaron los guerrilleros de Yugoslavia; allá, tras esa cumbre, tuvo lugar una batalla contra los alemanes.

Zala puso vino y tocino sobre la mesa y me examinó atentamente a través de sus grandes gafas. Entonces ya no podía vivir de la agricultura, estaba demasiado enferma y cansada para eso. Haber arriesgado su vida en la lucha contra el fascismo en su juventud y haberse arruinado la salud para siempre no le reportaron ningún beneficio, todo lo contrario. «No es ningún honor, hoy en día, haber sido partisana», dice. Por eso calló durante décadas, como todas las demás. Ahora, ya mayor, no entiende por qué tendría que avergonzarse de lo que hizo. Los otros tendrían que avergonzarse, los que no hicieron nada o incluso colaboraron con los nazis. Después de la guerra, fue reconstruyendo su pequeña finca, endeudada en otros tiempos, con muchos esfuerzos; hoy alquila habitaciones para huéspedes. «Sí, también vienen alemanes —afirma—. Pero los que más me gustan son los holandeses. Hay muchos que también estuvieron en la resistencia, muchas veces me siento con ellos y charlamos hasta bien entrada la noche.»

Hace unos años que por la tele pasaron la película *Das Mädchen mit den roten Haaren* (La chica pelirroja). Entonces no pude verla, pero había leído la sinopsis: trataba de una chica joven que había luchado con las armas en la mano contra los alemanes, una persona real, cuya vida se contaba en un libro —ahora filmado— del mismo título. Ésta era mi única pista sobre la participación de mujeres en la resistencia armada en los Países Bajos. Me puse en contacto con Mies Bouhuys, a la que conocía como autora de un libro juvenil sobre Anne Frank y que además era miembro de la directiva de la Sociedad Anne Frank. Le hablé con cautela sobre mi proyecto. Con cautela porque, entretanto, ya me había hecho a la idea de la reacción estándar de toda la gente a la que preguntaba. Me respondían: «¿Mujeres en la resistencia armada? No, no tendrá suerte con eso. No las hubo». Mies Bouhuys me escuchó pacientemente y luego dijo: «Una de mis mejores amigas estuvo en un grupo

especial que liquidaba a altos mandos del SD y de la Gestapo. ¿Quiere usted hablar con ella?». ¡Claro que quería! Mies me recogió en la estación de Ámsterdam. Me atendió de la forma más amable, me hizo de chófer y de guía turística. Me presentó a otras amistades que habían estado en la resistencia y me llevó en coche a Venhuizen, donde vive Truus Menger, la mujer que yo quería entrevistar.

En la casita que Truus comparte con su marido, con su hija y yerno, nos esperaba con café y pasteles. En las paredes, fotos, una guitarra que Truus había conseguido salvar de los avatares de la guerra, un cuadro al óleo, el retrato de una mujer joven con tupido cabello rizado. «Ésta es Hannie Schaft —me aclara Truus—, la tercera mujer de mi grupo. Sobre ella hay un libro y una película: *La chica pelirroja*.» La casa está llena de esculturas de Truus. Unos años después de la guerra decidió hacerse escultora, desde entonces trabaja como artista reconocida. Tras nuestra conversación, me lleva al estudio que ha montado en un viejo cobertizo. Al atardecer, Truus me acompaña a Ámsterdam; de camino pasamos a ver a Freddie, su hermana, la tercera confabulada del temido trío Truus-Freddie-Hannie, tan febrilmente buscado por los alemanes. Freddie, que como Truus también se casó con un viejo compañero de lucha, está sentada con sus nietos ante el televisor. «No, no molestáis en absoluto», nos asegura y nos saca unos vasos y unas botellas de cerveza. Nos invita a acomodarnos y a preguntarle lo que quiera saber, aunque es probable que Truus ya me lo haya contado todo. Las dos hermanas se pasan mutuamente la pelota, recuerdan anécdotas, los aspectos más despreocupados y divertidos de su vida de *superterroristas*, cuando encabezaban la lista de personas más buscadas por la Gestapo. Pero cuando empiezan a hablar de su vida después de la liberación se vuelven a poner serias. Por primera vez, interviene el marido de Freddie en la conversación. «¿Ya le has contado cómo nos perseguían por

comunistas?», le pregunta a Truus. Sí, ya lo había hecho. En la charla, mantenida en inglés, utilizan las palabras alemanas *Neonazis* y *Berufsverbot*.² Quieren saber si la juventud actual en Alemania es distinta, y esperan que les conteste con una afirmación rotunda.

Más tarde, cenando en Ámsterdam, Truus me cuenta: «¿Sabes? Siempre que veo a alemanes de mi edad no puedo evitar preguntarme qué habrán hecho durante ese tiempo». Una vez estuvo de camping con su marido en el sur de Francia. Justo al lado mismo de su plaza, plantó su tienda un matrimonio alemán un poco mayor, gente amable que les invitaba una y otra vez a una taza de café. Truus y Pit decidieron olvidar sus prejuicios y quedaron con los alemanes para cenar:

Y conforme pasaba el tiempo, ya habíamos bebido un poco, la conversación empezó a desviarse hacia el tema de la guerra. El marido había estado en Rusia, la mujer habló sobre las noches de bombardeos. Y entonces nos dijo: «Vosotros, los holandeses, aún tuvisteis suerte. No pasasteis por lo que nosotros, sólo tuvisteis que soportar la ocupación».

El camino hacia Nancy pasaba por París y Ginebra. Yo ya había dejado de creer en la posibilidad de entrevistar a una luchadora de la *résistance* francesa. Las conversaciones que había tenido en Francia no me habían llevado a ningún resultado concreto. Había puesto toda mi esperanza en Rita Thalmann, profesora de la Universidad

² Disposición legal vigente aún hoy en algunos estados alemanes, aprobada por un gobierno socialdemócrata de la RFA, por la que se puede prohibir a personas de militancia comunista o anarquista el ejercicio de determinadas profesiones en el ámbito del funcionariado público: maestro, cartero, etc. (*N. del T.*)

de París, feminista y experta en el Tercer Reich. Cuando por fin conseguí localizarla, enseguida se mostró dispuesta a ayudarme. Poco antes, había leído por primera vez en un artículo de *Le Monde* las siglas MOI.

La MOI, Main d'Œvre Immigrée, según el artículo, había sido uno de los grupos de resistencia más activos en Francia, formado principalmente por inmigrantes judíos del este de Europa. De las mujeres miembros de este grupo no se decía nada, pero eso no era nuevo para mí, y no me impidió iniciar averiguaciones en esa dirección. Cuando le nombré a Rita Thalmann la MOI, no tuve que darle más explicaciones. Espontáneamente me dio el nombre de dos mujeres que habían luchado en esa organización. «Y seguro que hay más», añadió, dándolo por supuesto. Pero para eso tendría que hablar con Herbert Herz, un amigo de juventud que había sido miembro de la MOI y que hoy en día trabajaba en reconstruir la historia del grupo. No vacilé ni un instante en darle su dirección y recomendarle. Ya me empezaba a acostumar a esas muestras de ayuda y apoyo incondicionales, pero de nuevo me sentía sorprendida y agradecida. Herbert Herz me propuso que nos encontráramos en Nancy con sus amigos y antiguos compañeros de lucha: Dina y Henri Krischer. Así podría hablar con Dina largo y tendido, y además utilizar su extenso archivo.

Dina y Henri me recibieron con una cordialidad que me hizo avergonzar. Soy austríaca, y en esa época todo el mundo se hacía cruces por el escándalo Waldheim.³ Además, gente

³ Kurt Waldheim (1918-2007) fue un diplomático y político conservador austríaco, miembro del Partido Popular Austríaco (ÖVP), secretario general de la ONU entre 1972 y 1981, y presidente federal de Austria entre 1986 y 1992. Poco tiempo después de que Waldheim asumiera la presidencia se hizo pública su complicidad en crímenes de guerra durante su servicio en la SA-ReiterCorps, una división paramilitar del Partido Nazi, y durante su estadía en Grecia, como oficial coordinador, entre 1942 y 1943. (*N. de la E.*)

como los Krischer ya sabían antes de Waldheim que Austria no había sido una víctima inocente de la Alemania nazi y que Hitler había aprendido su antisemitismo en Viena.

La única referencia que los Krischer tenían de mí era que venía recomendada por Rita Thalmann y Herbert Herz, el cual sólo me conocía por haber hablado conmigo por teléfono. En todo lo demás, tenían simplemente que creerme. La mañana del primer día estuvimos haciéndonos preguntas mutuamente. Discutimos sobre Waldheim y Le Pen. Yo les hablé de mi trabajo sobre la resistencia de los judíos en el este de Europa y sobre las mujeres con las que me había entrevistado hasta entonces. Por la tarde, Dina me ordenó cancelar la reserva de habitación en un hotel. Me preparó una cama en su habitación de trabajo. Cocinó para mí como para una reina. Y, cuando no comíamos, continuamente me ofrecía golosinas. Durante dos días y una noche Dina y Henri, Herbert Herz y Jacquot Szmulewicz me estuvieron contando todo sobre su lucha contra los alemanes. Y sobre la marginación de esa lucha tras la liberación; sobre las grandes dificultades para intentar rescatar esa lucha del olvido y del silencio, y para conseguir organizar un archivo de los grupos de la MOI en el sur de Francia. Amigos y antiguos compañeros de lucha fueron invitados para aportar los detalles que los Krischer no recordaban con exactitud. Cuando en un momento determinado aduje que tal vez estuvieran ya cansados y que tenía mala conciencia por ocasionarles tanto trabajo y molestias, Henri me respondió: «¿Sabes? Siempre nos alegramos de que alguien se interese por nuestra historia. Pero tú eres la primera persona que viene desde Alemania. Eso nos alegra especialmente».

Había descubierto su foto en *Der Spiegel*: un patíbulo con tres personas ahorcadas. A derecha e izquierda, dos hombres, en el centro, una mujer joven. «Tres partisanos de Minsk», informaba el pie de la fotografía; la mujer era judía y hasta ese momento no se había averiguado su nombre. De nuevo, me planteé el propósito de incluir también en mi libro

la resistencia en el este de Europa. Pero ese proyecto estaba constantemente en peligro de fracasar por falta de material. Sabía —es evidente— que había habido un levantamiento en el gueto de Varsovia, y daba por supuesto que también había habido mujeres partícipes activas en la rebelión. La foto en el semanario alemán *Der Spiegel* corroboraba mi hipótesis, pero la falta de documentación escrita persistía. Para una investigación histórica fundamentada no bastan meras hipótesis. No obstante el tema seguía obsesionándome. Finalmente, me dirigí a Monika Richarz, la directora de Germanía Judaica en Colonia que, aunque se mostraba escéptica, tuvo la paciencia de revisar conmigo el catálogo de su biblioteca. Y, efectivamente, dimos con algunos títulos de libros ingleses que parecían relativamente prometedores. Por fin había encontrado el final de la madeja.

Lo que ahora tenía por delante era un laborioso rompecabezas, pero valía la pena. Ante mis ojos se abría un mundo insospechado, el mundo de los guetos alzados, de los grupos partisanos en los bosques polacos, de una resistencia de la cual, aquí en nuestro país, exceptuando unos pocos iniciados, nadie tenía siquiera la menor idea. Por las mismas fechas en que yo me pasaba todo el día en la Germanía Judaica de Colonia, una noche proyectaron por WDR —el tercer canal de la televisión alemana— una película sobre los partisanos de Vilna, *Die Partisanen von Wilna*, dirigida por Aviva Kempner y Josh Waletzky. Escribí enseguida a Aviva Kempner, quien me respondió inmediatamente y me mandó las direcciones en Israel de las supervivientes que habían luchado en el gueto. También por aquel entonces apareció en Estados Unidos, en tres volúmenes, la *Anthology on Jewish Armed Resistance*, noticia que me facilitó Monika Richarz y que me iba a proporcionar las últimas piezas del rompecabezas.

A finales de 1987 había recopilado, por fin, todo el material y podía empezar a redactar. Pero antes de eso, todavía quería solicitar a mi editora una prórroga de la fecha de

entrega de mi manuscrito: estaba decidida a viajar a Israel para hablar con las mujeres cuya dirección había conseguido gracias a Aviva Kempner. No pude llegar a realizar ese proyecto puesto que el 20 de diciembre de aquel año fui detenida, acusada de *pertenencia a organización terrorista*.

Este libro lo escribí en la cárcel. La editorial Fischer me concedió un generoso aplazamiento en la fecha de entrega del manuscrito; mis amigas y amigos mecanografiaron para mí las entrevistas realizadas; Fifi me invitó a descansar en su casa cuando saliera de prisión; los Krischer me copiaron la mitad de su archivo. Sin la ayuda de todas y todos ellos no hubiera podido escribirlo. Tras dos años y medio de prisión preventiva fui puesta en libertad: el Tribunal Supremo había aceptado mi petición de revisión del caso, había anulado la sentencia del Tribunal Superior de Justicia de Düsseldorf y me había declarado inocente de la acusación de apoyo a organización terrorista. Después, he podido visitar a algunas de las luchadoras judías de la resistencia en Israel. Las entrevisté, nos hicimos amigas y de estas amistades nacieron nuevos trabajos: una película sobre el levantamiento del gueto y las partisanas judías de Bialystok (*Mir zeynen do*, documental, 90 minutos, Colonia, 1992), y un libro con artículos sobre la resistencia judía (*Das Feld des Vergessens* [El campo del olvido], Berlín/Ámsterdam, 1993). El objetivo de este libro es realizar una presentación histórica y un análisis de la participación de las mujeres en la resistencia armada. Con él quisiera también rendir homenaje a aquellas heroínas desconocidas de la historia: Fifi, Zala, Truus, Dina, Chayke, Niuta y todas las demás.

Ingrid Strobl
Colonia, 1994

INTRODUCCIÓN

EL TRIPLE ESTIGMA

Varsovia: un hombre viejo, tres hombres jóvenes, muestran una actitud resuelta, van armados con fusiles, granadas de mano, cuchillos, piedras; son luchadores. Delante de ellos, un compañero que ha caído en la batalla. Detrás, una mujer alza los brazos al cielo. El pecho al descubierto, con un niño en brazos, sin armas, no lucha, es un símbolo. El símbolo de la resistencia judía, de la rebelión en el gueto de Varsovia contra la prepotencia de los asesinos alemanes. El monumento se yergue sobre una enorme plaza verde en el terreno del antiguo gueto que los alemanes asolaron completamente tras reprimir la revuelta. La parte anterior del monumento muestra una escena de batalla; la posterior, la deportación de las víctimas indefensas. Una hilera interminable de mujeres, hombres viejos y niños marcha alicaída, con los hombros encogidos, la cabeza gacha caminando hacia la muerte. Sólo un niño se gira hacia el espectador mirando hacia el futuro. Es un muchacho.

El 11 de enero de 1943, Himmler, el *reichsführer* de las ss, escribió al *obergruppenführer* de las ss, Krüger, jefe de seguridad del *Generalgouvernement*, que el gueto de Varsovia debía ser liquidado antes del 15 de